Nortes del Sur

Guillermo Salz

Nortes del Sur

Guillermo Salz

Avant
editorial

Primera edición, agosto de 2026
© Guillermo Salz, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206658
THEMA: FBA — FJA — FPJL — FJH — FLA — FPJG
DEPÓSITO LEGAL: M-16854-2026

A las personas queridas,
porque mi único norte
es el cariño de sus corazones.

Agradecimientos

A Bea Pustilnik y Alejandro Tloupakis. ¡Lo bien que me orientaron!
A Lucía, una lectora fiel.
A mis implacables consejeras y amadas Raquel, Maite y Julieta.

1

Mediodía. Los empleados del Banco de la Provincia de Jujuy, Sucursal Buenos Aires, engullían sándwiches que bajaban con café, té, mate cocido o gaseosas. Sonia, la empleada de la empresa de limpieza, fue la primera persona en escuchar el llanto desaforado. Abrió la puerta de vidrio esfumado de la oficina del subgerente Walter Cepeda sin pedir permiso. Al ver a un «jefe» —como llamaba a todo el que usara corbata— llorando, se quedó paralizada en el vano de la puerta. No hizo falta preguntarle nada, el ejecutivo le habló como si fuera persona de su intimidad.

—Murió mi único amigo, Sonia. Ya no quiero vivir.

El subgerente esgrimía una carta escrita a mano como testimonio de su mal. Ese «jefe» había perdido por completo la compostura, lloraba a moco tendido. «Esto no es normal» —dedujo la empleada y fue en busca del guardia del banco. El hombre de seguridad se hizo presente al instante y observó que el diario *La Nación* estaba abierto en la noticia destacada del día 15 de abril de 2013: «Atentado en el Maratón de Boston, dejó muertos y centenares de heridos».

— ¿Había algún familiar de usted en este lugar, señor? —preguntó el empleado de la agencia.

No, no había. Walter agitaba la carta a modo de bandera de papel: «¿Qué es lo que no entienden? Este es el muerto, mi muerto», parecía explicar con la mímica de su cara anegada de lágrimas y mocos que la razón no estaba en el diario, sino en el correo manuscrito que lo estremecía. A los pocos minutos, arribó una ambulancia. La presión arterial por las nubes, un calmante para sedarlo.

Días después se trató el «caso de Walter Cepeda» en una reunión de Directorio. El gerente dijo:

—A todos se nos mueren personas que amamos o que queremos mucho. La diferencia es que podemos atravesar el duelo. La

recomendación del gabinete psicológico y de los médicos del banco es la internación psiquiátrica.

2

Conocí a Walter Cepeda en el Servicio de Internación Psiquiátrica del Hospital Italiano, donde llevaba dos semanas de internación por un *surmenage*. Sufría en empleos mediocres para pagar el alquiler siendo que mi pasión es la literatura. Una crítica mordaz sobre mi última obra disparó los síntomas, no podía levantarme de la cama, comía solo por reflejo de supervivencia.

Un amigo actor me ayudó con la internación. Mi mujer ya no estaba a mi lado, vivía con nuestros hijos en Alemania, ella es traductora. Sabía que podía perder el empleo y así fue. No bien obtuve el alta en el hospital, me llamaron de recursos humanos y me dieron un generoso cheque que consumí mientras escribía esta novela a tiempo completo o casi. También soy profesor de Lengua castellana en colegios del estado y también de chicos en mi casa; cuestión de no perderlo todo y poder sacar la cabeza del agua.

Los relatos en las terapias grupales del hospital me aburrían mortalmente. No así, la historia de Walter porque era un verdadero drama de literatura.

—Tu historia parece un guion —le comenté un día.

—Hablar me hace bien —confesó lo que ya había percibido en las sesiones.

Obtuvimos el alta médica casi al mismo tiempo y continuamos viéndonos. Walter había vuelto al banco de la Provincia de Jujuy y yo a mi nueva vida de docente, y no por vocación.

Por las tardes, cuando Walter terminaba de trabajar venía a mi encuentro, nos juntábamos en el bar de la esquina de Sarmiento y

Presidente Perón, justo enfrente del Hospital Italiano. Nos veíamos ahí por si acaso necesitáramos terapia de urgencia. Bromeábamos, señal de que estábamos mejor.

El desahogo desaforado de mi compañero de internación se convirtió en el insumo con el que fui construyendo la historia que voy a narrar. En realidad debería decir que el argumento tuvo dos protagonistas centrales y varios secundarios, Walter y Karen. En un comienzo, la historia iba a ser contada como pieza de teatro, había terminado el primer borrador; pero luego, opté por escribirla como novela. ¡Vaya osadía! Sin embargo, añadí una escena de la obra de teatro inconclusa. Mi compañero de terapia no solamente narró, conversó, recordó, sino que también inventó —es probable que algunos relatos hayan surgido de su imaginación, de su fantasmagoría, ¿qué más da?—. Por otra parte, me procuró documentos, un VHS clave, *sine qua non* para la novela, además de cartas, notas, correos electrónicos, direcciones y teléfonos de las personas con las que interactuó. En particular fueron muy reveladoras las esquelas que dejaron los padres de Walter en la mesa del comedor de la casa de Jujuy, poco antes de la muerte trágica de Juan Cepeda, su papá, a quien no conoció en vida.

En 2014 viajé a la ciudad de Cepeda, Jujuy —decidí que el protagonista y el pueblo se llamaran igual—, donde conversé con personas que me proveyeron de historias, leyendas, mitos, y valiosos datos. Fui vacío y volví con el carrito lleno. Fue un acierto el tiempo que tomé para conocer el pueblo de Cepeda y su cerro con forma de flan o de teta aplastada, cuando aún no tenía nombre. Era un cerro innominado, no como ahora que se ha convertido en un símbolo, un mojón de historias dignas de perpetuarse. En la cima, corona el cerro una efigie que clama respuesta: ¿qué es la justicia?

El trabajo ya estaba listo para la edición a principios de 2017. La cuestión es que, cuando me propuse publicar la novela, busqué comunicarme con Walter para contarle, para que fuera el primer lector, pero no se hallaba en los lugares habituales; no respondía el teléfono

del departamento de Buenos Aires, tampoco el celular. Me dijeron en el Banco de Jujuy que había pedido licencia en el trabajo. Como no me explicaron la causa, quise saber si estaba bien de salud —conociéndolo como yo lo conocía, era una pregunta obligada, sin embargo, no me proveyeron información puesto que no era pariente cercano, una tontería.

Tuve una intuición y acerté. Lo busqué en la lista de corredores de un maratón: Boston, lunes 17 de abril de 2017, que lideraron los kenianos Geoffrey Kivi, en la categoría hombres, y Edna Kiplagat, en mujeres —seré sincero, lo tuve que googlear—. Solamente cuatro argentinos estaban inscriptos, de hecho, era muy sencillo hallarlos en una planilla *Excel*. Entre ellos, un alias inconfundiblemente falso: «Forrest Bridge». Pude contactar a los otros dos argentinos inscriptos, verdaderos atletas ellos. El más locuaz me dijo: «Era un tipo medio raro, quería cumplir una promesa y se puso un nombre extraño en la camiseta. Parecía un corredor amateur, tenía un paso más o menos bueno, aunque a todas luces no estaba en condiciones físicas para cubrir el trayecto de cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros». Sin embargo, realizó la proeza, los últimos kilómetros los hizo caminando, arrastrando los pies, al límite de sus fuerzas, vomitando, sin poder controlar los esfínteres. Fue uno de los últimos en llegar. No bien traspasó la línea de llegada, lo tuvieron que atender los paramédicos. Los músculos no le obedecían. No podía respirar, padecía de asma. «¡Un loco!» —dijo a modo de diagnóstico casero el deportista. Era él.

PRIMERA PARTE
En el norte del norte

3

New York, enero de 2006

Walter aguardaba en el *lobby* mientras terminaban de preparar su habitación. Una pantalla emitía las noticias del día. Las *breaking news* acapararon su atención. Un hombre había ingresado armado a una sala de convenciones para terminar con la vida de una decena de ejecutivos, la gran mayoría de los presentes eran CEO de las finanzas. Cuando acabó de vaciar la última de las treinta balas de su *Kalashnikov*, el *shooter* sacó una pistola y se disparó un tiro en la sien. En un principio —comentó la reportera—, se pensó en un lobo solitario del terrorismo islámico. Steven Schwartzer, el autor del atentado tenía cuarenta años, casado y con dos hijos. El noticiero pasó a otro tema. Sonrisas, entusiasmo, era el reporte de la final por el Gran Tazón del 6 de enero de 2006 entre los Colts y los Bears. Ganaron los Colts.

La temperatura indicada en el zócalo de la pantalla le pareció bastante cálida, cincuenta y dos grados Fahrenheit para esa altura del año resultaba un agradable *gift*. Sacó la cuenta, once grados Celsius no estaba tan mal para enero. Suspiró y se relajó. En verdad, se obligó a relajarse. Experimentó la sensación corporal de haber vuelto a casa. La tragedia de las Twin Towers de 2001 —que presenció a la distancia— era historia, era el pasado. El futuro estaba ahí, siempre estuvo y estará en ese país. «Es esto» —se dijo al abrir la puerta de la habitación 2308 con la tarjeta magnética. Aroma a limpio, ¿pino?, ausencia de polvo, desinfección del W.C., plasma, *smooth jazz* en su justo volumen, una canasta de frutas, el refrigerador y el champán de bienvenida, un dulce sobre la almohada. Descorrió el cortinado y el *black out* del gran ventanal; contempló sonriente y melancólico la gran arboleda, los caminos y el lago del Central Park. Territorio reconquistado del que, por exceso de codicia, Walter se había visto en la necesidad de abandonar.

«Debo olvidarlo, ya pasó, como todo en la vida» —se consoló entre suspiros y cerró las cortinas.

Se abocó al ritual. Las valijas sobre la cama, el despliegue de mayor a menor para mantener el orden. Primero los abrigos para la nieve (comprados en su anterior estadía en New York) y un piloto de lluvia. A continuación, los trajes, que por el momento no eran muchos, ya tendría oportunidad de completar un placar; luego las prendas de elegante sport: camisas, pantalones, cintos, corbatas. Abajo los calzados, acomodados en sentido descendente: dos pares de botas, zapatos, zapatillas *running*, pantuflas de cuero y piel, un par de hawaianas. En las cajoneras, la ropa interior, y en el toilette, los artículos de higiene y afeites.

Walter no necesitaba tutoriales ni instructivos para colocar los objetos de valor en la caja de seguridad, tenía experiencia de sobra: el apartamento de New Jersey alquilado por Enron en su primera experiencia neoyorkina, en la orilla opuesta del Hudson, contaba con una caja fuerte codificada en cada ambiente, además de las alarmas conectadas a la central de una agencia de seguridad. Guardó en la caja de la habitación 2308 los objetos de valor que habían viajado en el maletín de mano. Tarjetas de crédito, relojes, dólares billete, un fardo de dinero argentino. «¿Para qué lo conservo? ¿Como recuerdo? ¿Recuerdo de qué? Hay cosas de las que es mejor desprenderse para no dañarse la salud» —dijo en voz alta, como si conversara con un fantasma—. Revisó a conciencia solapas y fuelles del maletín; fue descartando todo lo que ya no servía en el cesto de papeles: los precintos de plástico de los aeropuertos, una bolsa con los diarios locales, *The New York Times*, *Washington Post*, un «extrañísimo» ejemplar del *New Yorker* —según la cosmovisión de mi amigo.

— ¿Qué tiene de extraño? —le pregunté en el bar, tomando notas.

— ¿Una revista comunista en un avión comercial? Me asombró cuando lo encontré en la bolsa de portaobjetos del asiento.

— ¡Ah! —respondí sin comprender del todo la relación entre un avión de pasajeros y el comunismo.

El descarte continuó con los matutinos *La Nación* y *Clarín*, la revista de Aerolíneas Argentinas, con imágenes de los hermosos destinos nacionales que, antes de arrojarla al cesto, Walter volvió a hojear con una sonrisa sarcástica. Se detuvo en la enorme foto a dos páginas de un cerro de todos los colores imaginables. La paleta del pintor. Mientras la sonrisa se diluía, arrojó la revista al cesto entre los demás diarios.

Aquellos colores que atraían turistas de todo el mundo no eran exactamente la geografía de sus pagos. En Cepeda hay cerros, sí, demasiado escarpados algunos y otros a los que se podía subir solo con vehículos 4x4, motos, ciclomotores, y siempre teniendo mucho cuidado de no morder con los neumáticos los bordes del camino. Un peligroso precipicio se ofrecía como paisaje y posible destino hasta que la pequeña montaña ofreciera posibilidad de giro, previo bocinazo. De noche, desaconsejable. También podían escalarse a pie, si se estaba en buena forma física. Uno de esos cerros sin nombre remataba la cima sin cima, un relieve amigable que terminaba en altiplanicie habitable. Una treintena de casas daban cuenta de la gran capacidad humana para adaptarse a ciertas condiciones de vida. La de Karen entre ellas.

Walter vivía en el llano, primero con su madre en la casona del pueblo, luego en la estancia de su tío Isidro Montes, hermano de su madre. Sonó el móvil y Walter espabiló. Abrió la tapita y carraspeó buscando un tono vocal que sonara enérgico, de hombre de acción.

—*Hi, Toni!* ¿Qué onda chihuahua? —Risas—. *I´ve just arrived… yes; the hotel is pretty good, thanks… tomorrow morning? Oh, yes why not? There´s not jet lag between Buenos Aires and New York City.* Estoy perfecto… Espero que todo vaya bien. Digo… no haber venido al pedo. —Risas a ambos lados de la línea—. *See you!*

Al día siguiente debía empezar. No había tiempo que perder. *Time is money*. *No money, no nothing*. Una ducha reparadora, *shampoo*,

acondicionador, una afeitada, colonia *after shave*, ropa cómoda para bajar al café del *lobby*. Algo rápido, un sándwich de salmón, jugo de naranja exprimido, un café negro. Hora de una siesta reparadora. Ascensor. Piso 23. En el quinto sube una muchacha en malla de dos piezas y toallón a la cintura. Marca el último piso, el del SPA. Temperatura ambiente en el hotel, veinticuatro grados Celsius —calculó mi amigo—, lo que justificaba el atuendo de la joven. Walter percibió la mirada furtiva de la chica, mientras el ascensor subía a gran velocidad, lo mismo que su autoestima.

Llave tarjeta para la puerta, llave tarjeta para encender las luces y el aire acondicionado. Walter necesitaba un descanso. Cerró las cortinas y, en penumbras, se quitó la ropa. De una cajonera tomó su pijama y vio caer un objeto que desentonaba, se trataba de un VHS. El hexaedro de plástico duro le marcó una herida superficial en el empeine del pie derecho. Un apósito y fin del problema. El VHS parecía tener vida propia: «Salió para morderme» —chanceó Walter en el bar, el día en que me pasó una copia—. Lo levantó, lo pasó de una a otra mano como quien está por tomar una decisión: «¿Qué hago con esto?» —dialogó con sus fantasmas.

Recorrió con la vista la habitación y, por supuesto, no había un reproductor de ese adminículo que ya era cosa del pasado. Material para coleccionistas. Apuntó al cesto como si fuera un jugador de la NBA, erró el tiro. Sintió culpa. Lo volvió a recoger, lo pensó mejor: «Algún día tendría que verlo». Abrió el cajón de la mesita de luz y lo depositó encima de una *Holy Bible* que dormitaba allí vaya uno a saber desde cuándo. Alguien debería tener un *fucking* reproductor de VHS. Ya vería. Se colocó el antifaz de dormir. Se relajó, procurando controlar su agitada respiración.

La voz de Karen se le coló en la duermevela. Aquella boca carnosa que tanto disfrutó, había inquietado su pecho, y no solo el pecho. Palabras que resonaron en el sueño de la primera noche del regreso a New York como lastre de su ambicioso futuro. «Llevalo, miralo

cuando puedas», fueron las últimas palabras que le escuchó decir pocos días antes de encarar la segunda chance que le ofrecía la tierra de las oportunidades, a finales del año 2005.

4

Al día siguiente, armado de su elegancia y de su porte atlético, Walter marchó a pie hacia el porvenir como quien se propone alcanzar la cima del Aconcagua tan solo como trampolín. Toni, el compinche de Enron, lo había contactado por email: «*What are you doing in the* culo del mundo*, güey?*».Aquel día de septiembre de 2005, cuando llegó el correo de Toni, fue como lluvia de maná caída del ciberespacio. El retorno a casa. La mirada al norte. Ahora estaba de regreso. La oficina central del Lehman Brothers se ubicaba en el corazón de Manhattan, como no podía ser de otra manera. Una rara sensación le recorrió el cuerpo mientras atravesaba la Zona Zero. La empresa Enron ocupaba una oficina en el piso 112. Walter había alquilado un apartamento en el *West Side, New Jersey*. Vivir al otro lado del río resultó su salvación.

—Dios quiso salvar mi vida. Me había quedado dormido y no alcancé a tiempo el transbordador. Le doy las gracias también al exceso de champán —se confesó con Karen la noche de la gran tormenta.

Walter no vio los aviones ni el fuego, pero sí la implosión de las torres desde el puerto del transbordador. Vagó aterrado veinticuatro horas, vio correr a la gente huyendo como del mismo demonio.

—El americano —me explicaba Walter— hace el duelo y sigue. Se fortalece en la desgracia. En cambio, acá en el sur, el lamento es la forma de vivir, de vegetar. Gardel. Evita. Perón. Olmedo. Una galería de muertos vivos. El argentino nostálgico y tanguero me deprime. Falta de garras. Falta de *guts*. Gente que se revuelca en el pasado de barro y sangre, que se deleita en el lamento.

—*Hi. I´m Walter Cepeda, I´ve a meeting with Antony Gómez. He's waiting for me.*

Se colgó al cuello la identificación de *visitor*.

—*Look at you!* —El abrazo con Toni, entre emotivo y medido—. Mírate qué bonito te has venido, si hasta pareces un puto maricón de las revistas. Acá vestimos de *sport,* no te avisé, perdóname, compadre. Bueno, no importa. ¡Ándale, cabrón! Cáchale de los cuernos al chingado ese de Marshall Dillon. —Lo animó el compinche de aquellos días de Enron.

Al futuro jefe le impresionó que Walter hubiera sido tan audaz como operador de Enron a los veintiséis años. Un chico que no conocía límites. Su propia familia había perdido dinero con la quiebra fraudulenta de aquella empresa de gas.

—*Did your uncle try to kill you*? —Bromeó Dillon.

—*No way, my uncle is a real billionaire, five thousands bucks less, is not a problem to him*.

Aunque los mensajes de *clients* and *friends* fueron preocupantes: «*Give my money back, you… son of a bitch!*». Pasó un 2002 angustiado por los sentimientos de culpa. Lo salvó Toni, que lo sacó de New York, el foco del *twister* y se lo llevó un tiempo a Montana, al *ranch* de su primo. Después de pasar todo un año trabajando para el primo de Toni, regresó a Jujuy en 2003, donde lo esperaba su tío Isidro Montes furioso por haberlo complicado en la burbuja de las acciones de Enron. Isidro se había cebado mientras los valores de los papeles crecían vertiginosamente.

El trabajo que ahora le ofrecían resultaba más sencillo que el de 2001. No tenía que invertir su propio dinero en comprar acciones de la misma compañía, no estaba obligado a depositar en un fondo de pensión, lo mejor era que los clientes vendrían a él. No había que salir a pescarlos. Le dieron —para empezar— las cuentas de un operador que se fue a recorrer la India.

Un teléfono que suena. Un mail. Una entrevista breve en la oficina, en un bar, en la casa del cliente. Carpetas, formularios y una lapicera de tinta azul, eso era todo lo que necesitaba. En el mismo instante en que terminó la entrevista en Lehman Brothers, su cabeza ya viajaba al Central Park.

5

No importaban las altas o las bajas temperaturas, tampoco la lluvia o la nieve. Correr era la religión de Walter. Metódico. Utilizaba elementos de tecnología que le asegurasen calidad, no solo intensidad. Calzado de última generación, para cuidar pies y tobillos. Camisetas *dry fit*, cronómetros, aguas energizantes. Correr, no así como así. Controlar. Medir. Evaluar. Tomar decisiones. Corregir. ¿Cuántas calorías se consumen en tal lapso? ¿A qué velocidad? Cuando se cambia de aire, ¿se debe rebajar la marcha? ¿Cuántos kilómetros se deben correr? ¿Índice de masa corporal? Walter no le daba tregua a los lípidos. No dejaba que una sola molécula de más se quedara a vivir en su abdomen. Me obligo al pasado imperfecto —«no *daba* tregua… no *dejaba* que una sola molécula…»— porque cuando nos juntábamos en el bar, ¡había que ver la cantidad de medialunas de manteca que engullía con los cafés cortados con leche entera y tres cucharadas de azúcar! Si al café lo sentía un poco fuerte, le agregaba cinco cucharadas.

A Walter le complacía observarse en todos los espejos: el del baño, del ascensor, el del placar, en las tiendas, y como no podía ser de otra manera, en las aguas de los lagos de los parques. Sabía de sobra que su imagen atraía a las mujeres. Su imagen era él. Su tez apenas morena, su abundante cabello crespo bien cortado que de tan negro, azula. Una mata de vello entre los pectorales bien dibujados. Los

rasgos angulosos de su cara, una sedosa pelusita a modo de bigote y barba. Ojos negros soñadores, frondosas cejas y largas pestañas. Los brazos, no tan turgentes como el de aquel grotesco austríaco gobernador de California que, dicho de paso, abusó de la caída de su rival político a causa de los apagones en las ciudades grandes —otra vez Enron—. No, sus músculos son largos. Los de las piernas lo mismo. Su metro ochenta está proporcionado, no demasiado ancho, no trabado. Su cuerpo al servicio de las satisfacciones, no lo torturaba con pesas o anabólicos.

—La mía es belleza de macho salvaje —bromeó y estalló a carcajadas por la ocurrencia, allá en el cerro de Cepeda.

— ¡Macho! Lindo adjetivo para seducir a una feminista como yo —ironizó Karen.

—Opina un mexicano, un amigo…, amigo es mucho, un excompañero… que me parezco a Ken, el novio de las Barbies —insistió Walter sin tomar nota de la ironía.

— ¡Las Barbies! —exclamó Karen redoblando la apuesta para poner *knock out* el narcisismo de Walter— ¿Tiene un harén de Barbies ese tal Ken?

6

Al cabo de las seis millas (casi diez kilómetros, según su unidad de medida al voleo), Walter se obligaba a bajar las pulsaciones; se imponía ir al paso, resoplar, respirar por la nariz el frío aire del invierno en el Central Park. Había que cuidar los pulmones y los bronquios. De chico tuvo asma. Correr lo sanó. «Ojo con el asma porque dicen que vuelve», se advertía a sí mismo en el bar.

Era hora de regresar. Tomó un *cab*. Sintió que el chofer lo escrutaba por el espejo retrovisor. La actitud del conductor no era amistosa;